



Anuario de Historia de la Iglesia

ISSN: 1133-0104

ahig@unav.es

Universidad de Navarra

España

Mujica Pinilla, Ramon  
Aproximaciones apocalípticas a los «desposorios místicos» de Santa Rosa de Lima  
Anuario de Historia de la Iglesia, núm. 10, 2001, pp. 522-529  
Universidad de Navarra  
Pamplona, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35501049>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica  
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Estado nacional, unitario y católico) por el apoyo que le prestaron Ángel Herrera Oria y una parte importante de los hombres de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas.

Mercedes MONTERO DÍAZ  
Facultad de Comunicación  
Edificio de CC. Sociales  
Universidad de Navarra  
E-31080 Pamplona  
mmontero@unav.es

### Aproximaciones apocalípticas a los «desposorios místicos» de Santa Rosa de Lima\*

Cuando por los años de 1927 fray Alonso Getino comparó por vez primera los dibujos de corazones transverberados de Rosa de Lima con las experiencias místicas y el pensamiento de Teresa de Jesús, negó categóricamente que la santa limeña fuese una mujer santa pero iletrada. Argumentaba en ese entonces: «Suponed a Santa Teresa de Jesús... muerta a los treinta y un años; sería una Santa grande, porque era ya extraordinariamente virtuosa, mas no sería nuestra Doctora, porque no habría escrito sus obras inmortales». Alison Weber, en un estudio reciente sobre la retórica femenina teresiana, ha señalado cómo la santa de Ávila se cuidaba en no divulgar las fuentes teológicas y literarias que leía. Como estrategia defensiva a una sociedad ordenada y jerarquizada por el principio de masculinidad, Teresa avalaba la visión estereotipada de la mujer débil sólo para justificar su papel como instrumento pasivo de Dios. Según Teresa, el que una «mujercilla» ruin y flaca como ella recibiese «regalos» espirituales en forma de visiones sobrenaturales no debía sorprenderle a nadie. Se trataba de un consuelo divino con el que el Señor compensaba y guiaba a mujeres ignorantes y de «poca fortaleza» porque los santos varones —«los siervos de Dios, hombres de tomo, de letras, de entendimiento»— no requerían ser fatigados con estas gracias y trabajos interiores.

Es probable que, para evitar mayores roces con sus confesores —muchos de ellos expertos en asuntos de teología mística—, Rosa también encubriera sus experiencias y lecturas prefiriendo pasar por iletrada. En 1618, durante el *Proceso Ordinario de beatificación*, su confesor, el inquisidor dominico fray Juan de Lorenzana, admitió que Rosa «para disimular lo que podía redundar en estimación de su persona», solía ocultar sus visiones sobrenaturales tratándolas ante él como si fueran meros sueños naturales. En la misma carta donde Rosa grafica para un confesor los corazones transverberados de sus desposorios místicos, la santa se preocupa por asegurarle de su puño y letra que las «mercedes» divinas que le había

---

\* Versión leída en la reunión del grupo de investigación «Movimientos mesianistas, utópicos y milenaristas en América Latina», celebrada en Lima, el 8-9 de mayo de 2001. Este grupo estaba patrocinado por el Gobierno Vasco (Consejería de Política Científica) y se hallaba a cargo de la profesora Dra. Ana de Zaballa, de la Universidad del País Vasco (campus de Vitoria-Gasteiz).

pormenorizado en sus dibujos emblemáticos y cuadernos no las «había visto ni leído en libro alguno». Estos cuadernos bien podrían ser parte de, o el, «libro manuscrito de la hermana Rosa» que ya para el año de 1622 el Santo Oficio de Lima había enviado a Madrid para que fuesen evaluados por la Inquisición. Como es bien sabido, tras la muerte de Rosa, muchas de sus amigas íntimas cayeron en las redes del Santo Oficio de Lima y fueron acusadas de «alumbradismo». Incluso, hacia 1624 —un año antes de que éstas fuesen reconciliadas a la Iglesia en un auto de fe en la Plaza Mayor de Lima—, el inquisidor Andrés Juan Gaytán mandó retirar los huesos y el retrato de Rosa muerta pintado por el pintor manierista italiano Angelino Medoro colocados en un nicho del altar mayor en la iglesia limeña de Santo Domingo. Tan solo en 1619 éstos habían sido trasladados del convento a la iglesia en procesión solemne presidida por el arzobispo Bartolomé Lobo Guerrero. El dominico criollo fray Luis de Bilbao, confesor íntimo de Rosa, había predicado el sermón certificando públicamente la incorrupción de su bendito cadáver y ahora, bajo las órdenes de Gaytán y como flamante calificador del Santo Oficio de Lima, le tocaba a Bilbao la bochornosa tarea de tener que incautar todos los papeles, partículas de hábitos, huesos u otras reliquias de la santa limeña venerada en su convento. Para algunos inquisidores este brote de mujeres clarividentes les hacía pensar en la epidemia española alumbradista, pero marcada por un impetuoso mesianismo apocalíptico.

En el año 1995 comenté y di a conocer un documento de la inquisición limeña vinculado a este círculo de amistades de la santa. Me refiero a las largas y sorprendentes censuras que en 1624 el inquisidor jesuita Juan Muñoz lanzara contra dos libros escritos por el doctor Juan del Castillo, toledano de Salarrubias, y médico seglar del Santo Oficio de Lima que hacia 1614 tomaría a su cargo el «examen de conciencia» inquisitorial al que Santa Rosa fuera sometida en vida. No caben dudas sobre la importancia medular de este personaje y de sus libros inéditos. Sus testimonios como médico de Rosa iniciaron los dos expedientes —el Proceso Ordinario y Apostólico de beatificación— y según Juan Meléndez «se hizo tanto caso en Roma, en la sagrada Congregación de Ritos para su beatificación y Canonización, de el dicho jurado deste Varón admirable, que casi fue el todo, para aprobar las virtudes de la santa, en grado heroico, y la verdad de sus éxtasis, y revelaciones» (Meléndez, 1682,194). En cuanto a sus libros, sabemos ahora que ya en 1611 —es decir tan sólo tres años antes de dirigir el «examen de conciencia» a Rosa— él se encontraba puliendo lo que bien podría ser el primer comentario, aunque repleto de heterodoxias interpretativas, sobre las moradas teresianas. Su segundo libro, centrado en los grados de la vida contemplativa y en sus propias revelaciones divinas, era más comprometedor. Aquí mencionaba que tras la muerte de Rosa la había visto glorificada unas cincuenta veces, cercada de cientos de ángeles, con una palma en la mano y sembrado su cuerpo de rosas blancas y rojas. Antes de morir, ella le había prometido pedirle a Dios mercedes para él, y Del Castillo le atribuía a ella todos sus nuevos dones visionarios y proféticos con los que pretendía haber podido descifrar los vaticinios proféticos del Antiguo y del Nuevo Testamento a la luz del Apocalipsis.

No es mi intención repetir aquí lo que ya tengo escrito. Más bien, deseo dar un paso más y mostrar, en torno a nuevas informaciones cómo el pensamiento apocalíptico del doctor Juan del Castillo ayudó a forjar una escatología política americana centrada en los «desposorios místicos» de la santa limeña.

### Crónicas

La mayoría de los biógrafos de Rosa —Hansen, Meléndez, Lorea, entre otros— reconstruyen el «examen de conciencia» de Rosa con su médico como un diálogo espiritual en el que ella se desempeña como una «rústica iluminada», y él como un seglar que la instruye en teología mística. En términos generales, durante sus encuentros que aparentemente duraron tres días, el doctor Del Castillo se limitó a mostrarle cómo ella había recorrido y completado, sin saberlo, las tres grandes etapas de la vida mística: la penitente o purgativa, la iluminativa, centrada en la oración contemplativa, y la unitiva, que culminaba con los «desposorios místicos» o la transformación total del alma en el Amado. Basado en las moradas teresianas, Del Castillo incluso le asegura a la santa que las desoladoras melancolías que atormentaban su alma no eran otra cosa que un anticipo del fuego purificador del Purgatorio. Sus «desposorios con Dios» eran, asimismo, fruto de lo que los místicos llamaban la «oración de unión»: un estado de gracia que explicaba por qué Rosa tenía la certeza que cuando amaba a Dios le era imposible pecar mortalmente. Para Del Castillo, al igual que para muchos de los confesores de Rosa, ella jamás perdió la pureza de la gracia bautismal, motivo por el cual las preguntas 23 y 20 del *Proceso Ordinario y Apostólico* interpelaban si era verdad que, en su corta vida, Rosa de Santa María jamás había cometido pecado venial o mortal alguno. Pero una cosa era la doctrina de impecabilidad asociada en la Iglesia con el amor deificante y otra, el inmaculismo alumbradista cultivado fuera de ésta y sin la asistencia de los sacramentos.

Es muy probable que los biógrafos de Rosa jamás se enteraran de las censuras que Juan Muñoz formuló contra Del Castillo. Pero si cotejamos los escritos de éste con las cuidadosas respuestas que él le da a la santa durante su «examen de conciencia», salta a la vista que la está instruyendo en aquellos principios de teología teresiana por los que Juan Muñoz posteriormente lo acusaría de ser —sin decirlo abiertamente— un seguidor radical de Joaquín de Fiore. El problema no residía únicamente en sus interpretaciones teológicas de Santa Teresa, sino en el empleo que éste hacía de éstas para sustentar sus propios vaticinios proféticos. Para Del Castillo la melancolía amorosa era un fuego purgatorio que tenía la capacidad milagrosa de consumir todos los pecados, de «endiosar» al alma hasta hacerla literalmente impecable. En este estado de pureza y por medio de la «oración de unión», el alma podía conocer en su interior a la Procesoión eterna e increada de Dios Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. No sólo esto, en este estado de comunión espiritual no había ninguna diferencia esencial entre la unión hipostática de Dios Padre con su Verbo Eterno, de la unión de Dios con ciertas almas predestinadas como la de Rosa de Lima. Por este motivo para Juan del Castillo, Rosa era una «muy grande figura de Cristo» y a ella se referían algunos versículos proféticos de los Salmos y de los Proverbios. No por nada, cuando ella murió los dolores físicos de su última enfermedad repitieron la agonía de Cristo en la cruz logrando convertir su rostro en el del Mesías. Muñoz sugiere que la intención oculta de este argumento «intricado y oscuro» era convertir a Rosa en el Hijo de Dios. Pero su verdadera preocupación era otra. Menciona que muchas de las creencias de Del Castillo representaban una reformulación de las ideas heréticas de Amalrico de Bena. A inicios del siglo XIII y desde la Universidad de París, Amalrico había fundado una secta milenarista cuyos integrantes —en su mayoría laicos— habían predicado que Dios no se había Encarnado no una sino tres veces porque ellos eran los profetas de la tercera edad del Espíritu Santo destinados a conducir la humanidad a la perfección. ¿Tenía la intención el doctor Del Castillo de

crear un movimiento milenarista con los seguidores laicos de Santa Rosa? Muñoz no lo dice aunque muchas de sus visiones de beatas con rostros resplandecientes le parecen altamente sospechosas.

A decir verdad, el paralelo entre Amalrico y Del Castillo resulta excesivo. Mientras Amalrico aseguró que durante la tercera y última edad de la historia, el Espíritu Santo reemplazaría a la Iglesia y al poder salvífico de los sacramentos, Del Castillo habló de la restauración de la Iglesia vía la orden dominica y más bien se valió de la figura de Santa Rosa para argumentar que los seglares podían alcanzar la impecabilidad o la perfección espiritual a través de la oración mental.

Cuenta el dominico Antonio de Lorea en su *Vida de Santa Rosa* publicada en 1671, que el doctor Del Castillo tenía fama de profeta en la Lima del siglo XVII. Este dato se lo había corroborado, en el convento madrileño de San Francisco, uno de los pensadores escolásticos más originales del virreinato peruano, quien en el transcurso de 39 años había escrito dieciséis tomos sobre el Apocalipsis, el Nuevo Mundo y el misterio inmaculista, y que en 1675 serían vetados por la Junta de la Inmaculada en España. Me refiero al franciscano criollo Gonzalo Tenorio de quien, dicho sea de paso, el padre Julián Heras, aquí presente, ha escrito un espléndido artículo. Siendo ya un venerable anciano, Tenorio le cuenta a Lorea que delante de él y de don Pedro de Ortega, Canónico de la Catedral de Lima, el doctor Del Castillo había vaticinado que Rosa sería la primera santa americana. Es más, con espíritu de profecía había asegurado que tras su canonización «entonces como nuevo Sol amanecería en toda América la luz del Evangelio: que sería grandemente admitida de los Bárbaros con perseverancia y firmeza».

He encontrado un documento —que publicaré próximamente— donde Gonzalo Tenorio ratifica las informaciones que él le dio a Lorea, pero condimentadas con nuevos datos e interpretaciones totalmente desconocidos sobre la santa limeña. Tengan o no un fundamento histórico, estas noticias inéditas de Rosa modifican radicalmente nuestra visión sobre los alcances socio-políticos de su culto en el Perú e ilustran, de manera excepcional, el contenido apocalíptico que algunos pensadores criollos le adjudicaron al tema de los «desposorios místicos».

Tenorio se declara amigo personal de la familia y de los confesores de Santa Rosa. «Conocí muchos años a esta fragante Rosa» puntualiza. En más de una ocasión él se había reunido con el doctor Del Castillo, con fray Luis de Bilbao y Pedro de Ortega y Sotomayor, y los había escuchado ponderar pronósticos sobre su beatificación predestinada. Según Tenorio, al igual que en la parábola evangélica de las cinco vírgenes prudentes, en la nueva Iglesia de Indias había cinco especies de santos beatificables, cinco géneros de flores, dignos del aprecio divino. 1. Estaban los predicadores santos vaticinados por Isaías que como ángeles veloces volaron al Nuevo Mundo al iniciarse la conquista. 2. Estaban los españoles que al llegar a Indias se perfeccionaron. 3. Estaban los hijos de españoles —los criollos— que se convirtieron en modelos de beatitud, 4. los «puros indios sin Dios, descendientes de idólatras», que tras convertirse al Evangelio brillaron por sus virtudes apostólicas y, 5. los que «por su origen son Españoles, pero nacidos en aquel Reyno, de mezcla de Español e India, que llamamos Mestizos». Luego Tenorio muestra su perla y asegura: «Deste género fue Nuestra Rosa, pues sus abuelos Paternos fueron nacidos en España, y los maternos fueron puros indios, de los nuevamente convertidos».

¿Tenían los abuelos maternos de la santa limeña, Francisco de Oliva e Isabel Herrera, oriundos de Huánuco, ascendencia indígena? Es cuestión de averiguarlo, pero la veracidad histórica de esta genealogía no le resta significado a las realidades míticas que se articulan en la mente de Tenorio. Quizás en el cambio de nombre —de Isabel, nombre de la abuela, a Rosa—, reiteradamente mencionado por los biógrafos de la santa, se intentaba ocultar su origen étnico en un momento histórico cuando, por regla general, los dominicos tenían prohibido el ingreso de indios y mestizos a su orden religiosa admitiendo únicamente a españoles y criollos. Tenorio, en todo caso, interpreta los desposorios místicos de Rosa con Jesús como un jeroglífico de la alianza de Dios con su nuevo pueblo elegido. Incluso hace que Dios, por boca propia, sustente y explique sus preferencias por la primera santa americana:

«Si yo de los Varones que tengo beatificables en las Indias nuevamente reducidas a mi Fe, dispongo se beatifique primero alguno de mis ángeles que embie (de España) a publicar mi Evangelio... dirán que eso me motiva el cariño que tengo a los Españoles... lo mismo dirán si Beatifico alguno en su origen puramente español, aunque sea nacido allá. Si a uno de los Justos puramente Indios, dirán que he trasladado mi Fe... a las Indias, como parece lo tengo amenazado [aquí se refiere Tenorio a la profecía lascasiana de la migración de la Iglesia al Nuevo Mundo]... Así, en mi Rosa quiero yo honrar Indios y Españoles, pues Beatificada Rosa primero, por lo que tiene de sus abuelos Paternos Españoles, queda Ilustrada España... por ser nacida en las Indias, quedan honrados los Varones ilustres de aquel Nuevo Mundo (los criollos), y por lo que tiene Rosa de Indias, y descendiente de Idólatra, según sus abuelos maternos, también se condecoran los Indios Justos y los Gentiles...».

Pero Tenorio va mucho más lejos. Inspirado en el *Apocalipsis Nova* del beato Amadeo de Portugal y en las ideas escatológicas del doctor Del Castillo, Tenorio plantea que Dios se ha desposado dos veces con la Humanidad. Su primer desposorio fue cuando tomó una naturaleza humana y se encarnó en Jesucristo, quien pese a descender de un pueblo de idólatras y pecadores, redimió a la humanidad entera. Su segundo «soberano desposorio» —argumentaba Tenorio— lo había celebrado con la santa limeña, también descendiente de idólatras, porque ella simbolizaba a «la Gentilidad del Occidente, convertida a su Fe en las Indias... pues sin ella parece que aquella Nación, hasta allí tan incrédula, no lograra de Dios los cariños, ni Dios faltándole esa hermosa flor, tuviera decente tálamo, para manifestar amoroso los cariños de Esposo». La inocencia inmaculada y perfecta de Rosa había restituido para el Nuevo Mundo «el siglo de Adán». Rosa había enmendado el pecado original. Hasta los animales irracionales y la naturaleza toda la obedecían rindiéndole obsequios divinos.

Uno de los efectos redentores de este «desposorio místico» era que pocos indios conversos se condenarían. Se trataba de otra semejanza entre el primer y el segundo «desposorio» de Dios con la Humanidad del Viejo y del Nuevo Mundo. Según los *Hechos de los Apóstoles*, en la Iglesia primitiva pocos de los convertidos se condenaron. Tenorio cita al doctor Del Castillo para ratificar que por Rosa la redención en Indias sería «copiosa» salvándose multitudes de los «nuevamente convertidos». Su beatificación haría florecer en virtudes el «desierto de la América» y saldría «el indio de la esclavitud del demonio: mostrando en esta flor hermosa el gozo de esse Pueblo convertido». Para Tenorio, la pregunta sobre

el número de predestinados era crucial por un motivo adicional: la conversión de Indias había sido realizada a la fuerza. Aquí también se cumplían las parábolas proféticas de la gran cena eucarística y de las bodas del rey. Existía una ley de compensación. «O dichosas Indias Occidentales, exclamaba Tenorio, que aunque fuisteis las últimas en la vocación, parece que ha querido Dios compensar la tardanza en convidaros a la hora de la cena con la multitud de los que se salvan». Los invitados en la parábola al final de la cena prefiguraban a los gentiles o a los indios americanos impulsados a atender las bodas de Cristo con Rosa.

No es una coincidencia que tanto en el Perú como en Nueva España la expresión iconográfica más importante del criollismo virreinal fuese la representación del «desposorio místico» de Rosa con el Niño de la Virgen del Rosario en presencia de indios conversos o de caciques donantes. Había, incluso una variante iconográfica más antigua y emblemática del tema. Se mostraba a Rosa sosteniendo en una mano el ancla con la maqueta de Lima y, en la otra, al Niño Dios con el anillo nupcial dentro de una guirnalda de Rosas, Flores y Olivas. El ancla representaba a la virtud de la esperanza, la maqueta de Lima a la ciudad de Dios y el ramillete de Flores y Olivas eran una alusión velada a los nombres criollos o mestizos de sus padres, María Oliva y Gaspar Flores.

Así se explica que a finales del siglo XVIII esta iconografía criollista o mestiza apareciera en muchas iglesias del sur andino, tales como en los murales del coro alto en la Iglesia de Huaró o en el sotocoro de la Iglesia de Oropesa. En esta zona de Quipiscanchi, en el Cuzco, los religiosos dominicos manifestaron su mayor apoyo a la causa de Túpac Amaru II. También tienen que haber estado conscientes que Santa Rosa era para entonces un símbolo libertario y de identidad cultural. A fines del siglo XVII un cacique de Jauja llamado Jerónimo Lorenzo Limaya había intentado crear una orden nobiliaria de caballería para los «descendientes de ingas y moctezumas» —con insignias iguales a la santiguista— pero su pedido le fue denegado en 1671. Un siglo después, durante las rebeliones indígenas de Huarochirí en 1750, en las conspiraciones de 1776 y 1777, e incluso en las de 1783, en la zona de Cuzco, Paucartambo, Nazca y Arequipa aparece un mito reivindicador indígena que nos habla de una Santa Rosa andina y profética que incitaba a la rebelión armada contra el régimen borbónico. Según el viajero inglés William Bennet Stevenson la profecía de Rosa garantizaba que después de dominar los reyes de España tanto tiempo como los incas, el cetro caería de sus manos y el Inca retornaría para restaurar el Tawantinsuyo.

En México sucede otro tanto. Tenorio sugiere que el manto lleno de rosas de la Virgen de Guadalupe prefiguraba la florida cosecha espiritual americana lograda desde el Perú con el desposorio de nuestra santa. No estaba solo en esto. Más de un autor había sugerido que el nacimiento de la santa limeña no podía ser interpretado adecuadamente fuera del contexto sacrohistórico profético americano inaugurado con las marifonías de la Virgen de Guadalupe. En 1697 y desde Filipinas, el jesuita Cristóbal de Millares asegura —como he señalado en otro estudio— que la Virgen de Guadalupe se había aparecido en México para anunciar con sus rosas de Castilla el milagro de la cuna cuando a los tres meses de nacida el rostro de Isabel Flores de Oliva se transfigura literalmente en una rosa prodigiosa. Otro autor limeño —Manuel de Escalante Colombres y Mendoza— catedrático de retórica en la Real Universidad de México, desarrolla en 1671 una variante curiosa de esta escatología. Para este autor el nivel de mortificaciones físicas al cual la santa limeña se había sometido no era

humano sino angélico y marcaba el inicio de aquella nueva estirpe o género de santidad impecable que, según el abad Joaquín de Fiore, anunciaba el Final de los Tiempos. Analizando la pintura de Guadalupe en México sostiene con enorme audacia que en la figura del ángel o paraninfo a los pies de esta Inmaculada novohispana estaba cifrada Rosa de Santa María disfrazada de ángel, pero la niña en su cuna a los tres meses de nacida también era el ángel de Guadalupe con cara de Rosa.

Para terminar, una pregunta final. ¿Fue la ideologización apocalíptica del culto a Santa Rosa un proceso histórico ajeno a la santa y posterior a su muerte o Rosa, ya en vida, fue la gran artesana y la santa tutelar de la religión patriótica americana?

Quizás unas de las características más interesantes de la mística rosariana es que todas las visiones de la santa limeña estaban basadas en la realidad andina traduciendo mensajes socio-políticos en alegorías religiosas que resaltaban su propia función predestinada como vocera de Dios. Una de sus visiones más célebres, difundidas por don Gonzalo de la Maza, María de Uzátegui y el doctor Juan del Castillo, entre otros, estaba inspirada en un obraje minero que administraba don Gaspar Flores, el padre de Rosa, en Quives. Cristo se le aparece como maestro de cantería y la conduce a un obraje que él dirige. Este oficio, exclusivo para hombres rudos y para indios obligados a trabajos forzados por el régimen virreinal de la mita, estaba ahora en manos de hermosas doncellas que, en palabras del biógrafo dominico Leonardo Hansen, «cavaban montañas, serraban mármoles, pulían jaspes, alisaban piedras, y para que las herramientas pudiesen vencer la dureza de los mármoles, ablandábanlas ellas con repetidas lluvias de lágrimas». El significado simbólico de esta visión sobrenatural, que en algún momento Rosa hizo pasar como un «sueño ordinario» para evitar suspicacias entre sus confesores, se identificó tanto con ella que fue uno de los cuatro temas interpretados al óleo por el maestro toscano Lázaro Baldi para ornamentar la basílica romana de San Pedro durante sus fiestas de beatificación.

Esta imagen de la Iglesia triunfante en vías de construcción nos recuerda un tratado apocalíptico muy difundido en la Iglesia primitiva conocido como el Pastor de Hermas. En una visión sobrenatural la Iglesia le es mostrada a Hermas en la figura de una torre de piedras labradas construida por ángeles sobre las aguas salvíficas del bautismo. En este relato, al igual que en la visión de Rosa, las piedras representan a los creyentes, sólo que en su versión primitiva los diversos tipos de piedras —las blancas, las pulidas, las rotas o inservibles— tipificaban a la variedad de fieles y pecadores. Como un ángel del arrepentimiento y con un lenguaje oracular, el Pastor de Hermas exhortaba a los creyentes a obedecer los mandatos divinos. Se acercaba la hora undécima de la humanidad y éstos tenían la posibilidad de un segundo y último arrepentimiento antes que se iniciaran las persecuciones del Juicio Final. Según Gonzalo Tenorio, el Cristo Cantero de la visión profética de Rosa, como un nuevo Pastor de Hermas, prefiguraba el arrepentimiento y la conversión definitiva del Ordo Indiano. Tenorio puntualiza textualmente:

«Es tan robusto el brazo de Rosa (bien lo dicen sus penitencias, y mortificaciones) que ha reservado Dios a ella el que labre la dureza de los mármoles, y pórfidos de las Indias, para que el edificio de la Iglesia se perfeccione, y para que esa Fe permanezca en esta nueva Iglesia con eterna duración incontrastable... Esso, pues, le sucedió a nuestra Rosa, que aviendo fundado Dios essa nueva iglesia (criollo-mestiza), deseando acavarla, y ponerla en



### *Crónicas*

toda perfección, le mostró las vírgenes que labraban la cantería, para que ella ablandando las piedras con sus lágrimas (que con agua se labran los mármoles) las dispusiese para acavar el edificio, y así decía el Doctor Castillo, ponderando esta visión [...] que la Canonización de nuestra Santa avía de ser como la última disposición de la conversión de todos los gentiles, y idólatras de las Indias [...]».

A decir verdad la metáfora del Cristo cantero formaba parte y ayudó a consolidar un discurso criollista más amplio vinculado con los significados triunfalistas imperiales, pero también apocalípticos, del oro, la plata y las piedras preciosas. Ya en 1573 el heresiarca dominico fray Francisco de la Cruz le asegura a sus inquisidores limeños que el milenio peruano sólo se iniciaría con la introducción de los olivos al Perú y la decadencia de las minas de Potosí donde morían los indios con trabajos forzados. En 1613 el octogenario cronista indígena Felipe Guaman Poma de Ayala refiere que, cuando en sus peregrinaciones por los Andes le preguntaban a qué amo servía él respondía que a un Señor minero muy rico y poderoso llamado Cristóbal de la Cruz, refiriéndose a Cristo quien lo acompañaba a buscar indios, los pobres de Jesucristo para anunciarles el inminente juicio de Dios. El cronista agustino Alonso Ramos Gavilán en su *Historia del Santuario de Nuestra Señora de Copacabana* —publicada en Lima en 1621— retoma el símil rosariano de la «cantera de la Iglesia» y describe a los santos como las piedras preciosas que maduran al interior de la tierra bajo los rayos del Cristo o «el Sol de Justicia»; una imagen que confunde los tesoros auríferos del Perú con los feligreses americanos porque al igual que en la visión de Rosa los duros mármoles de las Indias eran, a fin de cuentas, las piedras preciosas, predestinadas para una Iglesia renovada que las ostentaba como una Jerusalén Celestial.

Ramón MUJICA PINILLA

Jacinto Lara 465. Dpto. 200. San Isidro  
Lima, Perú.  
mujicabalarin@terra.com.pe